

IDEOLOGÍA Y NUEVA DERECHA

Mencía González Ruiz

Revista Laberinto. (<http://laberinto.uma.es>)

Ideología significa literalmente ciencia de las ideas. El término, sin embargo, deviene hoy sobrecargado de significados: representaciones colectivas y cimientos de una sociedad (filosofía clásica); proyección en un imaginario tranquilizador de una situación real contradictoria e insostenible (Feuerbach); velo intelectual, justificación moral y aroma espiritual, difundidos por la clase dominante para enmascarar y marcar su dominación (Marx); lugar de una retórica incapaz de justificar la producción de sus conceptos y expresiones desviada de los intereses de un estrato o clase social (Althusser); cajón de sastre donde se apilan desordenadamente todas las ideas erróneas o dogmáticas del adversario, según la acepción corriente actual.

Ahora bien, si para algunos el término ha perdido todo contenido analítico —según sentencias acerca del fin de las ideologías y el pensamiento único— desde un enfoque crítico praxeológico, se apuesta por el valor del concepto, en tanto medio para la caracterización de la génesis y devenir de las ideas, imágenes, valores, actitudes y prácticas sociales inventadas por una colectividad para afirmar su identidad, consolidar su poder, regular las relaciones que los individuos mantienen con los suyos, con los extraños, con la naturaleza, con lo simbólico, con lo imaginario... El estudio de la ideología así entendida constituye, en el marco de la investigación social, lo que Ortí (1994) llama el nivel mediador de los discursos o perspectiva significativa (complementaria a las perspectivas fáctica y simbólica), que tiene como objeto la comprensión o captación del sentido de una expresión en el contexto de una formación social determinada.

El presente artículo se ha estructurado en dos grandes secciones. La primera consiste en la exposición de las principales líneas teóricas que han contribuido a la formulación de una Teoría de la Ideología. Aquí la aportación del materialismo histórico ha sido fundamental: éste no sólo ha subrayado la importancia del “efecto de la ideología”, sino que ha profundizado en el análisis de la interdependencia de éste último con las relaciones de producción y las instancias de poder. En la segunda sección, nos detendremos a caracterizar algunos de los rasgos principales del sistema de significaciones y representaciones asociadas al universo ideológico actualmente dominante, que instalados en los procesos complementarios de acumulación capitalista, crecimiento económico y reproducción social, configuran hoy día las tramas de las vidas cotidianas de las personas en las sociedades capitalistas avanzadas.

I

FORMULACIÓN DE UNA TEORÍA DE LA IDEOLOGÍA

La obra de Marx y Engels proporciona una serie brillante de indagaciones acerca de la génesis socio-histórica de las ideas y su papel en la historia, así como una base conceptual para el análisis de la ideología. Sin embargo, su teoría no está exenta de problemas y lagunas. Fue desarrollada a través de una serie de transformaciones, y la formulación final no fue nunca expuesta de manera tan sistemática como la relativa a las leyes de funcionamiento de la economía en las formaciones sociales capitalistas.

En el prólogo de *Contribución a la Crítica de la Economía Política*, Marx establece de forma concisa la teoría materialista de la historia, y es claro sobre ciertos puntos:

- 1.- la fuerza dinámica de la historia se encuentra en la dialéctica entre las fuerzas y relaciones de producción;
- 2.- el modo de producción de la vida material es la categoría clave

para comprender la génesis de las formas políticas, jurídicas y otras formas ideológicas y su transformación;

3.- el análisis del cambio histórico tiene que ir más allá de las formas predominantes de conciencia social a través de las cuales se comprende el mundo.

Sin embargo existen ciertas ambigüedades, y muchos las han citado como evidencia de que la teoría de la historia de Marx y su concepción de las ideas es básica y tecnológicamente determinista. Aunque la confusión respecto a la cuestión del determinismo final de lo económico es debida a la estrechez con la que se suele definir el concepto.

En la obra de Marx, lo económico es un concepto amplio, en el que se incluye ideas, conocimiento y relaciones sociales. La idea del determinismo de lo económico se puede explicar mejor refiriéndonos a la forma en que los marxistas periodifican la historia humana en términos de modos de producción diferentes. Estos se distinguen unos de otros en primer lugar por los diferentes modos de extraer trabajo excedente de los productores directos. Así, el feudalismo se distingue del capitalismo en virtud del papel que juega la coerción extra-económica, por medio de la religión y del Estado, en la apropiación del trabajo excedente; bajo el capitalismo, la apropiación ocurre por medio de la relación salarial y adopta la forma de plusvalía. La idea del determinismo de lo económico sugiere que los requisitos políticos e ideológicos para el sostenimiento de un modo específico de apropiación del trabajo excedente sólo pueden variar dentro de ciertos límites. Podemos imaginar relaciones sociales y tipos de prácticas sociales nuevos, pero éstas no pueden lograrse a menos que los límites que determinan un modo de producción particular hayan sido superados en la práctica por el cambio social real (Williams, 1980). Así, la plena realización de las demandas del movimiento obrero en las sociedades capitalistas, presupondría la abolición de la relación salarial como el modo de apropiación de trabajo excedente y, por consiguiente, del capitalismo en general.

Si bien Engels quiso corregir lo que él vio como graves distorsio-

nes de su propia obra y la de Marx, tales advertencias fueron en gran parte desatendidas (Kaustky, Bernstein o la ortodoxia oficial stalinista). Pero ni él ni el propio Marx están enteramente exentos de responsabilidad por la dirección que tomó la teoría marxista, especialmente en el tratamiento del tema de la ideología. En *La Ideología Alemana*, por ejemplo, diversas formulaciones sirvieron para apoyar al enfoque reduccionista. La formación social, el conjunto de relaciones sociales, se considera como una totalidad expresiva en la que los elementos de la superestructura están sujetos a algún principio interno de desarrollo que emana de la base económica. Las ideas y otros aspectos de la conciencia están conceptuados como simples formas epifenoménicas, representaciones distorsionadas, reflejos o ecos de procesos sociales reales sin realidad propia. Y asimismo hace frecuentes referencias a la noción de ideología como falsa conciencia. Sin rechazar enteramente el concepto de falsa conciencia, la formulación aquí resulta inadecuada: dado que las ideas dominantes son atribuidas a la clase dominante en virtud de su control sobre los medios de difusión ideológica —prensa, escuela, iglesias y demás—, esto puede conducir a pensar en las clases subordinadas como víctimas manipuladas pasivamente por la propaganda difundida por una clase cínica e interesada en sí misma, pero que todo lo sabe; esto refuerza, en fin, una ingenua teoría de la conspiración, reduciendo el concepto de ideología a nada más que mentiras.

Con todo, quedan algunas ideas sugerentes en *La Ideología Alemana* que reaparecen en la obra más madura de Marx. Su gran descubrimiento es la compleja noción de los individuos en sus condiciones materiales, el hecho de que los individuos sólo pueden ser comprendidos como productos de las relaciones sociales —dentro, no fuera, de la historia—, de lo que se deriva el rechazo de una visión del cambio social como algo que depende exclusivamente de cambios previos en la conciencia:

“Esta concepción de la historia no tiene... como la visión idealista de historia, que buscar una categoría en cada período, sino que permanece continuamente en el terreno real de la historia; no explica la práctica a partir de la idea, sino que explica la formación de ideas a

partir de la práctica material, y de acuerdo con esto llega a la conclusión de que todas las formas y productos de la conciencia no pueden disolverse por la crítica mental... sino sólo por el derrocamiento práctico de las relaciones sociales reales que dan origen a esta farsa idealista”¹.

El Capital ofrece el bosquejo de una teoría mucho más sofisticada, la del fetichismo de la mercancía. Marx concibe la sociedad como modo de producción caracterizado por niveles diferentes, relativamente autónomos -el político, el ideológico y el económico- que están articulados entre sí pero que no son mutuamente reducibles. Las ideas se caracterizan como percepciones de formas fenoménicas o apariencias, de relaciones reales subyacentes, aunque refractadas y transfiguradas en la conciencia. Las ideologías se consideran sistemas de representaciones que significan un conjunto de relaciones que son reales, pero que ocultan otro conjunto de relaciones sociales que no son menos reales; producen inversiones y distorsiones, pero esto es precisamente debido a que encajan en prácticas y rutinas sociales reales que son difíciles de transformar. Es en este sentido que la teoría de la fetichización de la mercancía proporciona un punto de arranque para un concepto de ideología como sistema de representaciones o significaciones. En Marx, el mundo de las apariencias, lo que aparece en la superficie, tiene una realidad, y esa realidad es absolutamente necesaria para la producción capitalista. Como dice Mepham, “no es la clase burguesa la fuente de ideología, sino la sociedad burguesa en sí”. La inserción del sujeto en las relaciones de producción capitalista implica también insertarlo en sus formas fenoménicas.

Ideología teórica e Ideología práctica

Hasta que teóricos como A. Schultz lo hiciera, pocos se habían de-

¹ Al establecer que la fuente verdadera de la actividad humana es la praxis, Marx realiza una inversión metodológica en el análisis social consistente en reemplazar la conciencia (ideología de Feuerbach y jóvenes hegelianos) por el individuo vivo. Perspectiva que se enfrenta tanto a la idealista como a la objetivista (marxismo estructural de Althusser). (Ricoeur. 1989)

dicado a explorar la conciencia práctica de la vida cotidiana. Se tendía más bien a limitar el análisis de la ideología a los cuerpos sistematizados de alto nivel articulados por una intelligentsia socialmente definida. Se partía del supuesto de que las prácticas y relaciones sociales en la vida ordinaria están estructuradas y mediatizadas, en cierto sentido crucial, por dichas teorías de alto nivel. Y en parte es así, pues como advierte Therborn no toda ideología es o puede funcionar como ciencia, arte, filosofía o derecho; pero estos últimos surgen de configuraciones ideológicas y sí podrían funcionar como ideologías, pudiendo ser afectadas y afectar tanto a la subjetividad de quienes la practican, como a la del resto de los miembros de la sociedad. “Las obras de Adam Smith, Marx y Darwin, por ejemplo, son obras científicas y pueden ser estudiadas, evaluadas, desarrolladas, atacadas o defendidas en cuanto tales. Pero también han funcionado como ideologías, como liberalismo económico, socialismo científico y darwinismo social, y pueden también ser estudiadas, evaluadas, desarrolladas o criticadas en este sentido, en términos de su difusión, eficacia e implicaciones” (Therborn, 1987).

Ahora bien, el concepto de ideología no se refiere sólo a sistemas abstractos de pensamiento, reconocidos institucionalmente como tales sino a algo mucho más amplio. Incluye lo que Althusser llama ideologías prácticas y Volosinov ideologías del comportamiento. De hecho, puede considerarse que existe una relación dialéctica progresiva entre los dos niveles de ideología.

El concepto de ideología práctica invoca una forma socialmente definida de pensar y de actuar, un conjunto de convenios y supuestos que hacen posible el significado de las instituciones normativas dadas por sentadas que determinan lo que cada uno hace y lo que cada uno sabe. Las ideologías prácticas tienen una realidad material y una fuerza material; están incorporadas en comportamientos modélicos concretos que tienen algo más que una significación cultural o conceptual.

La explicación de las ideologías prácticas implicará necesariamente su localización dentro de un análisis de las relaciones de producción, no en el sentido de que las últimas determinen de manera

mecanicista a las primeras, sino en el de su inseparabilidad, en tanto elemento necesario de las mismas. Ahora bien, conviene aquí detenerse en comprender el concepto de relaciones de producción, pues si en la teoría liberal éste se refiere sólo a la relación técnica hombre-naturaleza, en la teoría marxista integra dos aspectos: el técnico, en tanto relación social que el hombre mantiene con la naturaleza y con los instrumentos de producción; y el propiamente social, en tanto relación con las demás personas (poseedores de los medios de producción, productores directos...). En ambos aspectos entra en juego la conciencia. Los hombres que producen tienen ideas y hábitos que se refieren a la naturaleza y a las herramientas, o conceptos de las relaciones sociales dentro del proceso de trabajo, y también nociones y rituales socio-políticos referentes al contexto de la producción en sí. Las condiciones de reproducción ideológica de la formación social hay que hallarlas tanto en la producción en sí como en lo externo. Por ejemplo, en las rutinas progresivas del proceso del trabajo, a través del hábito de sumisión a la autoridad, las ideologías prácticas se reproducen y se refuerzan; hábitos, que son previamente ensayados en la escuela.

Lenguaje e Ideología

Como los fenómenos sociales y culturales tienen inherente un significado semiótico y la ideología ha sido definida como un sistema de signos, la lingüística (estudio de los signos verbales) y la semiología (estudio de los sistemas de signos) han sido exploradas como una fuente enriquecedora para el análisis de la ideología.

El lenguaje es un sistema de codificación que clasifica y organiza el mundo objetivo externo en alguna forma significativa. Las palabras no son meramente nombres de cosas que están ahí, manteniendo relación una a una con ellas, como un nominalista pudiera pensar, sino que obtienen su significado a partir de su incorporación a una estructura global del lenguaje, así como de su contexto no lingüístico. Y es esta estructura la que articula y define cómo han de ser interpretados los acontecimientos, los fenómenos y la gente. Por su parte, la ideología no puede reducirse al lenguaje ni puede considerarse idéntica al

mismo, pero la forma en que los hombres llegan a comprender su mundo y actúan dentro de él está sujeta a la mediación del lenguaje.

Una línea de la lingüística fructífera en el análisis de la ideología es la basada en la obra de Ferdinand Saussure, que ha influido en el marxismo francés, en la antropología estructural de Lévi-Strauss, en la semiótica de Barthes, en el marxismo estructuralista de Althusser y Poulantzas, y en el psicoanálisis de Lacan. En efecto, su énfasis en la estructura inconsciente del lenguaje ha contribuido a entender que la ideología es inconsciente, al menos en parte; su argumentación de que las palabras están sistemáticamente relacionadas entre sí, dando estas relaciones su significado a las palabras individuales, ha ayudado a una visión de la ideología como algo que implica, no una serie global de fragmentos aislados inconexos, sino un modelo coherente y sistemático de elementos; y asimismo, la interpretación de que hay un sentido real en el cual la estructura de nuestro lenguaje puede, de hecho, limitar el pensamiento -que no somos nosotros quienes pensamos y después utilizamos la palabras, sino nuestro lenguaje el que piensa por nosotros- ha sido importante para explicar el poder de la ideología.

Sin embargo, el legado no es del todo positivo. Al situar el análisis en un marco estático, haciendo caso omiso de lo diacrónico, y al negarse a examinar las pronunciaciones concretas del lenguaje en su contexto, Saussure y los influenciados por él, parecen situar la fuente de cualquier estructura y unidad en el lenguaje fuera del proceso histórico, en algunos universos culturales de nivel profundo con sus raíces posiblemente en alguna naturaleza esencialista de la mente humana. Tesis, no demostrable, que se contradice con uno de los principios básicos del materialismo histórico: la producción social del ser humano en la historia y el rechazo de cualquier antropología esencialista. Además, las implicaciones políticas conservadoras de una visión del pensamiento y expresión conscientes, así como las reglas que definen las relaciones sociales, al estar limitadas y constreñidas por alguna función pre-simbólica y pre-social, son afines a las que emanan de las teorías sociales que explican que las desigualdades sociales se deben a las diferencias naturales entre las personas.

Otra línea de estudios de gran interés, aunque menos conocida, emana de la obra de Volosinov², quien se centra en elaborar una teoría materialista del lenguaje, así como una psicología social y cognitiva que, según aduce, estarían basadas en una teoría de la ideología. Para Volosinov:

“Las relaciones de producción y el orden sociopolítico conformado por esas relaciones determinan la gama completa de contactos verbales entre la gente, todas las formas y medios de comunicación verbal que funcionan en la vida política, en la creatividad ideológica”.

La clave para comprender la ideología es el lenguaje, y la unidad de estudio para la lingüística es la palabra en tanto “fenómeno ideológico por excelencia”. Ofrece tres prescripciones metodológicas para el análisis del lenguaje y de la ideología:

- 1.- no debe separarse de la realidad material de los signos;
- 2.- el signo no debe separarse de las formas concretas del intercambio social;
- 3.- la comunicación y sus formas deben ser relacionadas con la base material.

Pone especialmente énfasis en el contexto, pues una consideración de las relaciones sociales fundamentales entre hablantes y oyentes es un requisito previo esencial para cualquier imputación del significado. Las palabras, por sí solas, no tienen ningún significado intrínseco, pero adquieren significado y contenido por su situación estructurada dentro de las ideologías del comportamiento.

Volosinov aboga por un análisis histórico de lo que denomina movimiento dialéctico del signo, es decir, la variación de los significados de las palabras entre grupos sociales. Por ejemplo, la historia de los movimientos anticoloniales ilustra de términos tales como “libertad” e

² Volosinov, lingüista y marxista ruso escribió en la década de 1920, hasta que fue defenestrado por Stalin. Sólo a partir de mediados de los años 70, su obra fue analizada y discutida, siendo objeto de algunas evoluciones interesantes en el estudio empírico de las ideologías, por ejemplo, en el Centro de Estudios Culturales de Birmingham (Sharp, 1984).

“igualdad”, que primero fueron usados contra los gobernantes coloniales, para luego ser usados contra quienes participaran en movimientos sociales más radicales. En la cuestión de la hegemonía de la clase dirigente y su relación con los modelos de la dominación lingüística, arguye que las clases dirigentes siempre se esfuerzan en hacer signos verbales y otros signos ideológicos uni-accentuados, o con un significado completamente inequívoco que sirve a sus intereses.

Concepto de hegemonía

En una sociedad de clases, las ideologías con las que la gente vive sus vidas cotidianas tienen lugar en el seno de relaciones específicas de dominación y subordinación vinculadas a la distribución del poder. Esto es, las ideologías prácticas cotidianas están estructuradas, cruzadas e interseccionadas por las formas y contenidos de los valores y significados dominantes. El tema es tratado por Gramsci usando el concepto de hegemonía.

Gramsci realizó una comparación de la relación entre el Estado y la sociedad civil en Rusia respecto a los regímenes más estables de la Europa Occidental. Aquí, adujo, la clase burguesa consolida su gobierno a través de un proceso de hegemonía ideológica, de la movilización del consentimiento espontáneo a través del funcionamiento de las instituciones de la sociedad civil -la familia, las iglesias, la prensa y las escuelas-; en Rusia, en cambio, el papel coercitivo del Estado era más necesario y más visible, dada la falta de una clase dominante con una posición hegemónica frente a las demás. La hegemonía se refiere a un conjunto de suposiciones, teorías y actividades prácticas, a una visión del mundo a través de la cual la clase dirigente ejerce su dominación. Su función es reproducir en el plano ideológico las condiciones para la dominación de clase y la continuación de las relaciones sociales de producción. Las creencias y prácticas hegemónicas dan forma a las ideologías prácticas y penetran en el nivel del sentido común, mezclándose y confundándose con las prácticas ideológicas generadas más espontáneamente.

Esto no significa que las clases no dominantes estén manipuladas

ideológicamente en su totalidad y de forma predeterminada. Por el contrario, Gramsci se esforzó en recalcar que la hegemonía puede ser combatida por medio de las tendencias compensadoras producidas por la posición estructural de la clase obrera en el proceso de trabajo y demás procesos. También hizo hincapié en la naturaleza contradictoria del sentido común. Por ejemplo, las personas que componen la clase obrera, experimentan a menudo una discontinuidad fundamental entre las relaciones sociales en las que están implicadas por motivos de trabajo y las que encuentran dentro de la familia, en la comunidad local, en el sindicato y en otras partes. Cada uno de estos ámbitos diferentes puede dar origen a tendencias variables y quizás en competencia en su ideología práctica, conduciendo la globalidad a una disociación fundamental a nivel de conciencia.

Así pues, el sentido común nunca es pura y simplemente resultado de la hegemonía. Responde a cambios en el proceso socio-histórico y contiene elementos generados espontáneamente, elementos residuales transmitidos intergeneracionalmente (aun cuando las condiciones que los produjeron puedan haber desaparecido) y elementos tomados en préstamo del contacto entre clases, siendo también interceptados y moldeados por el funcionamiento de la hegemonía en cierto tipo de unidad contradictoria. La hegemonía ha de ser considerada, pues, como un movimiento dinámico que responde continuamente a conflictos sin resolver y a nuevas tendencias ideológicas. La práctica hegemónica triunfa cuando da lugar a una actitud incuestionada, que se da por sentada, cuando los sujetos se identifican a sí mismos y operan inconscientemente, por medio de su práctica ideológica, dentro de las premisas que se derivan del status quo y ayudan a reproducirlo. Pero esta es la situación ideal de dominación. En la práctica, las nuevas iniciativas ideológicas están emergiendo continuamente, algunas opo- sicionales, algunas contra-hegemónicas, algunas fácilmente absor- bidas o incorporadas. Nada es siempre estático. Para analizar estos aspectos dinámicos de la práctica hegemónica, Williams desarrolla la noción de una tradición selectiva, que funciona haciendo y rehaciendo continuamente la cultura dominante en respuesta a iniciativas cam- biantes, de forma que trata de salvaguardar las relaciones de produc-

ción capitalistas y el Estado burgués mediante un impulso a incorporar y, por consiguiente, transformar cualesquiera iniciativas que los amenacen. Una de las funciones de la hegemonía es aislar tales iniciativas del proceso social material, recreando una separación fetichista entre lucha de clases y proceso político.

No se sugiere aquí que la práctica hegemónica triunfe siempre. Si bien la tendencia es a que prevalezcan los significados dominantes, dado el control de la clase hegemónica sobre los medios por los cuales se estructuran y moldean las ideologías prácticas. Lo que explicaría por qué incluso las iniciativas contra-hegemónicas tienden a menudo a formularse en términos de la retórica y contenido de la forma hegemónica dominante. Gramsci señala que el hecho de que muchas organizaciones de la clase trabajadora se desarrollen a partir de lo que antes eran instituciones puramente defensivas, condiciona para que los términos dentro de los cuales se articula la oposición a la clase dominante sean tales que dejan los parámetros principales del status quo sin tocar. Por su parte, Williams arguye que la cultura dominante parece siempre controlar y producir su propia contra-cultura. Sin embargo, la hegemonía se derrumba a veces en momentos de crisis social aguda. En Alemania, al final de la II Guerra Mundial se produjo un grave colapso del control social que tuvo implicaciones problemáticas para la seguridad de las relaciones capitalistas de producción, situación que los mandos aliados se ocuparon de remediar durante el período de ocupación, recurriendo, en muchos casos, a medidas totalmente represivas. En esos momentos, en que la hegemonía del Estado es extremadamente precaria, es cuando se puede ver claramente la indisolubilidad de la fuerza y del consentimiento, de la coerción y de la hegemonía, en el mantenimiento del poder de la clase burguesa. Sin embargo, en momentos en los que no hay una gran amenaza a la hegemonía, los significados dominantes emergentes y residuales coexisten dentro de la estructura de la hegemonía en una compleja unidad.

En el recurso a la cuestión del poder político y el aparato represivo del Estado para una explicación del proceso progresivo de la hegemonía, los representantes de la escuela de Frankfurt han sido a menudo criticados por interpretar el orden consensual y la estabilidad

meramente como una cuestión de dominación cultural de la clase dirigente, omitiendo así la primacía estructural de la hegemonía.

Poulantzas define el Estado como la esfera donde tiene lugar la organización del poder de clase a través de la coordinación de las diferentes fracciones de clase en un bloque de poder. El Estado opera, entre otras cosas, para determinar y producir un consenso a través de la puesta en disposición de formas selectivas de conocimiento social modelando la práctica ideológica. Pero el papel del Estado en la hegemonía no se relaciona sólo con la cuestión de la dominación ideológica, sino también con el mantenimiento del consentimiento espontáneo a través de concesiones económicas y de la organización política. El fin de la práctica estatal en la sociedad de clases capitalista es garantizar las condiciones para una continua acumulación de capital, el mantenimiento de las relaciones capitalistas de producción y la inserción de los agentes en sus respectivas posiciones dentro de la formación social. Dependiendo de las condiciones socio-históricas, variará la interrelación entre la fuerza y el consentimiento.

Therborn identifica hasta seis tipos principales de mecanismos ideológicos según los efectos de dominación y obediencia que producen, que si bien operan en todas las sociedades democrática-burguesas contemporáneas, tienen una importancia relativa según el país y el momento: La adaptación (conformidad), el sentido de la inevitabilidad (obediencia por ignorancia de otro tipo de alternativa), el sentido de la representación (considerar que la situación es buena), la deferencia (efecto de enunciaciones acerca de lo que es bueno de los dominadores), el miedo (a las represalias, a perder el trabajo...) y la resignación (arraigada visión pesimista de las posibilidades de cambio).

En situaciones de crisis, destaca el autor, el papel decisivo de las estructuras de contra-reivindicaciones organizativas que aspiran a una transformación del régimen social y político (revoluciones, revueltas, movilizaciones contrarrevolucionarias), destacando cómo las dimensiones más importantes las que conciernen a lo que existe y a lo que es posible; el éxito de una movilización ideológica depende en gran medida de su capacidad para explorar y aprovechar las dimensiones exis-

tenciales de la subjetividad humana. Ahora bien, el poder de la ideología no sólo opera en coyunturas dramáticas, sino también en procesos lentos y graduales. El sistema ideológico de las sociedades nunca es estático, sino que cambia constantemente con las prácticas y las condiciones. Un tipo de cambio ideológico, de especial pertinencia para el carácter de un régimen, es aquel que sin plantear una amenaza seria a los poderes vigentes, implica más un cambio en el discurso dominante, que un cambio de discurso dominante. Éste se deriva de un cambio en el universo de los sujetos políticos distinto del desplazamiento de los dominadores, por ejemplo, por maduración de las nuevas generaciones, que en una sociedad cambiante han sido sometidos-cualificados bajo unas condiciones distintas a las de las generaciones anteriores. Pero los nuevos sujetos políticos, que hablan por sí solos, pueden surgir también de las luchas políticas y sociales. El universo de dichos sujetos puede ampliarse mediante la extensión de sus derechos legales, como el derecho de voto, o mediante un proceso de autonomización ideológica y política (las mujeres en el mundo capitalista avanzado). No obstante, el conjunto de sujetos políticos puede igualmente restringirse. Contrariamente a lo que afirman los ideólogos burgueses, la historia no es un proceso teleológico de ampliación progresiva de la ciudadanía política (véase la privación de derechos a emigrantes y minorías étnicas o la proscripción de toda oposición en las dictaduras). Ahora bien, en todo este proceso el discurso y prácticas de los dominadores recibe esa influencia, experimentando una desviación ideológica.

La Constitución del Sujeto

Si los individuos viven dentro de la ideología tal y como la hemos definido, el papel del individuo en la historia se convierte en algo problemático. Algunos son reacios a aceptar cualquier tesis que dé la primacía teórica a lo social e infravalore el papel de la conciencia y la libertad individual en la conformación del curso de la historia. Pero si la noción de individuo no se refiere sólo al organismo biológico con un potencial físico concreto, sino que incluye alguna referencia a las

ideas, aspiraciones, capacidades, disposiciones morales y otros atributos culturales del individuo, entonces, nuestro concepto se refiere a un individuo ya social, al producto de la sociedad y de la historia. No cabe, entonces, oposición arbitraria entre el individuo por un lado, y la sociedad y la historia por otro.

En este sentido, el interés se centra en construir una teoría capaz de explicar los procesos y mecanismos por los que el sujeto se reproduce dentro de la formación social.

Esta teoría tiene una gran deuda con las aportaciones de la antropología estructural (Lévi-Strauss), con la lingüística estructural (Saussure), con la semiótica (Barthes), con el psicoanálisis (Freud y Lacan) y la sociología (Habermas y Gouldner). Algunas de estas tradiciones de pensamiento no escapan al idealismo, pero incluyen algunas ideas importantes que han ayudado a conceptualizar más adecuadamente la relación entre la ideología como práctica social y la conciencia individual.

En línea con el rechazo del individualismo metodológico, la conciencia humana se analiza dentro del marco y desde la perspectiva de la ideología. La ideología se considera como un nivel de la formación social y no como la suma total del funcionamiento de las conciencias individuales. Tanto la conciencia humana como la subjetividad del individuo se consideran como el efecto, antes que la fuente, de la ideología. Lo ideológico se identifica como un sistema de prácticas significativas, como una complicada textura de signos que dan significado y proporcionan el tejido dentro del cual se produce y se mantiene un orden simbólico. Por medio del proceso de inserción en estos significados ideológicos o prácticas significantes se produce la relación del sujeto con el universo de significados disponible o potencial, esto es, la subjetividad depende una posición social dentro del espacio ideológico de la formación social.

Pero como algunos han advertido, puede ser engañoso hablar de significados ideológicos al referirnos a la constitución del sujeto por inserción en esas prácticas, pues este término implica un grado de auto-conciencia mientras se vive dentro de la ideología. Utilizando la

noción de inconsciente de Freud, se ha aducido que los mecanismos que constituyen el sujeto en la ideología también crean un inconsciente. Se arguye que gran parte de lo que se entiende por ideología es, de hecho, inconsciente, lo cual explicaría la resistencia de la ideología al razonamiento consciente y a las demostraciones de las inconsistencias internas, etc., y aporta luz sobre por qué la gente no actúa siempre de forma concordante con sus intereses objetivos. El redescubrimiento del inconsciente, de aquello a lo que se niega la entrada en la conciencia, resulta así de gran importancia teórica y política.

El análisis de la forma específica de la subjetividad en la sociedad, la comprensión de la matriz ideológica dentro de la cual se produce el sujeto en la sociedad, implica examinar las formas de autorepresentación a través de los rituales, prácticas y mitos que impregnan la existencia cotidiana, así como a través de su articulación más sistemática y coherente, que se puede encontrar, por ejemplo, en la teoría social y política. Pocos en la actualidad se darían cuenta de la conexión interior entre su visión del hombre, de la política y de la sociedad y sus antecedentes en el surgimiento histórico de la clase burguesa. Las obras de Macpherson, Anderson, Poulantzas, Barthes... nos muestran con gran agudeza el proceso de construcción social-histórica de toda la variedad de “supuestos”, que incorporados y correspondidos por las prácticas reales en la vida cotidiana, serían difíciles de superar hasta que una sociedad basada en relaciones de mercado -es decir, una sociedad burguesa- haya sido superada. Por ejemplo, el funcionamiento cotidiano del mercado, el intercambio de mercancías y servicios por dinero, los ritos y prácticas que rodean la relación salarial, el pago por el trabajo hecho por los trabajadores, la libertad para suscribir contratos laborales, la misma institución del contrato en sí con su supuesta igualdad entre las partes contratantes, todo esto sirve para difuminar el fetichismo de las mercancías y reafirmar una creencia en la libertad y la igualdad fundamentado en el mercado, la raíz del individualismo y el eje de la ideología burguesa. Del mismo modo, las formas del Estado parlamentario -sus elecciones regulares, su “equilibrio de poder” a través de la aparente separación de los poderes legislativo, ejecutivo y judicial, la representación aparentemente democrática que permite el

sistema de partidos, la aparente independencia de los tribunales-, todo ello sirve para reforzar las nociones de la independencia del Estado del resto de la sociedad civil, su incorporación de la voluntad general y su capacidad para salvaguardar el “interés nacional”. Las penetrantes representaciones del hombre y la sociedad no son simplemente almacenadas de forma abstracta en la cabeza, sino que son materializadas en prácticas y rituales sociales que, para muchos autores, tienen una indudable prioridad explicativa.

¿Ignorar las Ideologías?

Estas evoluciones en la teoría de la ideología han demostrado que el sujeto individual no es la única fuente, ni siquiera la fuente más importante, de sus propios pensamientos. Las ideas están incorporadas a la ideología y son interpretadas a través de la misma. Además, como la ideología está encerrada dentro de un sistema de prácticas y rutinas materiales y no consta simplemente de pensamientos, conceptos y teorías, la cuestión de las condiciones bajo las que la gente podría darse cuenta autoconscientemente de la naturaleza de sus ideologías, su génesis y función social, tiene crucial importancia. Es claro que un modelo que explique los cambios de la conciencia en términos de la mera razón, del argumento y del discurso lógico no es aceptable. Hay una interacción recíproca continua entre las ideas y las prácticas y rituales que la apoyan y sostienen, de forma que, esperar que alguien cambie su forma de pensar cuando su experiencia global lo contradice, es ciertamente optimista. Nuestro pensamiento implica pensar dentro de nuestros supuestos más que pensar acerca de ellos. Podemos “oír” nuevos pensamientos, pero, en realidad, la interpretación que de ellos hagamos dependerá de dónde estemos situados ideológicamente en el tiempo. El significado está siempre incorporado en un contexto que contiene otros signos, y en una situación no verbal que está, en sí misma, infundida de significado.

Ahora bien, la ideología es algo que está siendo constantemente renovado, recreado y modificado, a la vez que resistido, limitado y puesto a crítica en el contexto de unas relaciones de poder. En la ac-

tualidad, tal y como están las cosas, es obvia la necesidad de contrarrestar el pensamiento único. Y ello con la aplicación de una teoría que contenga los principios del materialismo histórico, el cual ha demostrado ser algo más que otro punto de vista. Está inspirado en un análisis crítico del capitalismo, que expone sistemáticamente la pobreza de la teoría liberal y la naturaleza esencialmente retórica de sus ideales morales, que pretende dar unidad al sistema e inspirar la práctica política. El marxismo es una guía para la acción o, según lo describió Gramsci, una filosofía de la praxis. Aunque sus ideas son intelectualmente satisfactorias, no se justifican por sí mismas. Más bien sirven para indicar el camino y generar criterios para especificar con más detalle los problemas de investigación que son de significación estratégica. El debilitamiento de la hegemonía ideológica capitalista lo es, y afortunadamente, la teoría nos sugiere que el problema es susceptible de exploración y análisis crítico praxeológico.

IDEOLOGÍA Y NUEVA DERECHA

(y II)

En la entrega anterior, se expusieron las principales líneas teóricas que han contribuido a la formulación de una Teoría de la Ideología (véase Laberinto nº1. Octubre, 1999). Se parte aquí, de la consideración de que el individuo (aislado) no es la única fuente, ni siquiera la más importante, de sus propios pensamientos e interpretaciones. La ideología está inserta dentro de un sistema de prácticas sociales, materiales, pero además es algo que está en continua renovación y modificación, a la vez que es resistido y puesto en crítica, en el contexto de unas relaciones de poder. Todo lo cual convierte a la cuestión de las condiciones, bajo las cuales la gente podría darse cuenta, autoconscientemente, de la naturaleza de sus ideologías, su génesis y función social, en un tema de importancia crucial.

A continuación trataremos de caracterizar algunos de los rasgos principales del sistema de significaciones y representaciones, asociados al universo ideológico actualmente dominante. Todo un conjunto de interpretaciones, creencias, ideas y conceptos-fuerza que, instalados en complementariedad con los procesos de acumulación, crecimiento económico y reproducción social, configuran, hoy día, las tramas de las vidas cotidianas de las personas en las sociedades capitalistas avanzadas.

ANÁLISIS CRÍTICO DE LA IDEOLOGÍA HEGEMÓNICA DE LA NUEVA DERECHA

En la ruptura efectiva del acuerdo socialdemócrata, el papel desempeñado por la construcción de un nuevo/viejo discurso ideológico ha sido clave. Como contexto la crisis de acumulación del capitalismo avanzado, que se agudizó considerablemente a mediados de los años 70. Los síntomas eran ya familiares: un grave descenso de la tasa de crecimiento que lleva a un crecimiento cero o negativo en algunas naciones capitalistas, un aumento masivo de la inflación, un rápido

crecimiento de las tasas de desempleo, la inestabilidad en el sistema monetario mundial de cambio (Berzosa, 1994). Si desde el punto de vista oficial todo parecía estar originado por el considerable aumento del precio del petróleo, sus causas más profundas residen en el funcionamiento normal de la ley del valor en el sistema capitalista mismo, y en las contradicciones de ese modo de producción. Lo que se manifiesta en el agotamiento del modelo industrial y de consumo fordista,³ en la crisis fiscal del Estado keynesiano (O'Connor, 1981) y en el agravamiento de las crisis sociales y políticas.

En efecto, en la última parte de los 60 y principios de los 70 se intensificaron las luchas de clases en muchos lugares, no sólo sobre los salarios individuales y sociales, sino también sobre el control de la producción, el medio ambiente, la comunicación, la educación, la libertad de acción, igualdades de todo tipo, apostando por un modo de vida diferente, por una reorientación cualitativa frente a la idea de *modernización sin fin* o *crecimiento sin límites* (Alonso, 1992). Movilizaciónes que añadidas a la presión sobre la tasa de beneficios, condicionaban la forma de reestructuración del capital.

La crisis afectó a todos los países capitalistas sin excepción, siendo sus efectos especialmente visibles en los sectores industriales. Pero su gravedad y consecuencias han variado de unas regiones a otras, dependiendo del modo en que históricamente se inserta en un sistema capitalista mundial caracterizado por un *desarrollo desigual*. Por ejemplo, los problemas a los que se enfrentaron países metropolitanos como Gran Bretaña, EE.UU., Alemania y Japón son singulares comparados con los países de status semi-periféricos, tales como Canadá, Australia, Nueva Zelanda, África del Sur y parte de América del Sur; estos últimos, además, varían de los que han tenido lugar en la periferia del Tercer Mundo. Asimismo, estas diferencias se complican por variaciones políticas y culturales importantes, que dan lugar a diferentes muestras de organización y alianzas políticas, según la fuerza de las tradiciones tanto radicales como conservadoras frente a las del liberalismo (Sharp, 1984).

³ 1 El "fordismo" hace referencia a un sistema de regulación social que implica, por un lado, el consumo generalizado y, por otro, una relación salarial que lo haga posible (Aglietta, 1986).

Aunque importantes, centraremos la atención en las limitaciones estructurales producidas por una crisis de acumulación a la que se enfrentó el capital, ya sea británico, norteamericano, australiano o multinacional, y que debían ser superadas para conservar el control y alcanzar finalmente una nueva fase de reproducción ampliada. Las exigencias del capital eran básicamente: reducción de costes laborales, esto es, *disminución de los salarios* de la clase obrera e *intensificación de la tasa de explotación*, que libere una *mayor plusvalía* para el capital, y *erradique el capital desvalorizado*. Esto se lograría mediante:

Una *reconversión tecnológica*, a través de una *desindustrialización* rápida, una reorganización del proceso de trabajo (*integración y flexibilidad*), y una aceleración del proceso de *concentración y centralización* por la vía de quiebras, fusiones y absorciones. En suma, *racionalización y modernización*. A nivel mundial, ésto significará una reasignación geográfica de parte de los procesos de producción, hacia zonas en donde las circunstancias sociales y políticas locales crean condiciones más favorables para la acumulación.

Una *recomposición del gasto público*, incluido el *recorte del salario social*, a través de impuestos regresivos, desgravaciones a la inversión y a la exportación y reducción en los impuestos sobre sociedades. En esta crisis, esto también se asoció a la reprivatización de sectores de la economía capaces potencialmente de una adaptación a la forma de mercancía: sanidad, educación, servicios telefónicos... todo ello en línea con las famosas políticas de ajuste positivo aconsejadas por la OCDE.

Ninguno de estos cambios pudo ser orquestado sin *disciplinar* a la fuerza de trabajo. De hecho, la salida de la crisis ha tenido como consecuencia un enorme cambio en la estructura social, su "*fragmentación*", tras la acelerada reestructuración de la fuerza de trabajo y su ejército de reserva, mediante una intensificación de las divisiones horizontal y vertical, en particular las que se relacionan con la renta, habilidad, distinciones étnicas y sexuales, y mediante el debilitamiento y desorganización de las tradicionales fuerzas sindicales. Los niveles de desempleo sin precedentes, la precariedad y subempleo, la degradación de los niveles de vida de la clase obrera, un progresivo desmantelamiento del salario social en la mayoría de los países capi-

talistas, son todos ellos testimonio de cómo la reestructuración se llevó a cabo.

En el cambio fundamental en los objetivos, en los instrumentos y en el estilo mismo de ejecutar la política, los aspectos esenciales que se generalizaron entre los gobiernos occidentales, permaneciendo en lo fundamental desde entonces, han sido: el *fin de las políticas de pleno empleo*, la *contención del gasto público* por la vía de la *reducción de las políticas asistenciales* y la puesta en marcha de una *política monetaria conservadora*. Esto significó una realineación de los modelos de clases tradicionales y otras alianzas, y una desarticulación y rearticulación del discurso político popular. Todo lo cual es de suma importancia para comprender por qué el nivel resistencia popular a las medidas encaminadas seriamente a atentar contra los niveles de vida, viene siendo tan débil.

Neoliberalismo	Neoconservadurismo
Gobierno mínimo	Gobierno fuerte
Laissez faire	Autoritarismo social
Sociedad de mercado	Sociedad disciplinada
Libertad de elección	Jerarquía y subordinación
El individuo	La Nación

La Construcción del Discurso de la “Nueva Derecha”

La crisis de los 70 acentuó las críticas al Estado Benefactor e incentivó el desarrollo de las propuestas monetaristas frente al keynesianismo. Este movimiento ideológico, caracterizado esquemáticamente como *Nueva Derecha*, sirvió como marco referencial para la justificación de las políticas puestas en práctica por los gobiernos conservadores de Reagan, Thatcher, Köhl, Nakasone... y respectivos sucesores. Como toda etiqueta, la expresión Nueva Derecha no da cuenta de una multitud de matices, ni comprende todas las teorizaciones que se le adjudican. Más bien es en el plano de las políticas concretas donde encontramos los rasgos configurativos de su identidad, pues desde el punto de vista teórico, ciertamente no parece aportar nada nuevo. Su éxito relativo reside en la adecuación de los programas políticos a los

intereses de las fracciones burguesas dominantes en los países centrales. Pero, como sabemos, este éxito no está garantizado de antemano, pues depende de la resistencia de las fuerzas sociales organizadas en el contexto histórico.

Por otro lado, las políticas de la Nueva Derecha efectivamente puestas en práctica se dan dentro de un amplio espectro, que sería erróneo limitar a administraciones conservadoras. Muchas medidas tomadas por gobiernos socialdemócratas serían perfectamente compatibles con los esquemas de eficacia de la Nueva Derecha. Tómese como ejemplo cercano los programas de liberalización económica que se desarrollaron en los sucesivos gobiernos socialistas en España.

Tampoco hay consenso sobre qué es *nuevo* en los sectores políticos tradicionalmente considerados de derecha.⁴ En cualquier caso, lo importante aquí es observar que la estructura del modo de producción capitalista sólo genera y permite que emerjan y entren en relación dialéctica ciertos modelos del discurso ideológico, de modo que no peligre el proceso de acumulación.

En cuanto a la construcción del discurso político de la Nueva Derecha parece claro que se establece a partir de la conciliación de las corrientes neoliberal y neoconservadora. Belsey⁵ establece dos tipos ideales de principios, en orden de prioridad, sobre los cuales se construye su discurso político:

En el centro del neoliberalismo, el *homo economicus*, el individuo privado, autónomo y emprendedor, que elige libremente entre una gama de alternativas para maximizar *su* utilidad en el mercado. Reafirma la libre empresa, la inviolabilidad de la propiedad privada y el Estado no intervencionista. Por su parte, el neoconservadurismo forja una unión entre la fría racionalidad del *homo economicus* capitalista y las tradiciones pre-capitalistas, afirmando a la familia, la religión y la nación, principios de no-mercado que pueden cohesionar a la multitud de actores económicos atomizados y privatizados que el vaivén del

⁴ 2 Así, si algunos autores restringen la Nueva Derecha exclusivamente al neoliberalismo, cuyas fuentes ideológicas son Adam Smith, Tocqueville, Schumpeter, Hayek, Friedman y Keith Joseph, otros autores cuestionan hasta qué punto ésta difiere de las tendencias del populismo autoritario que consiguieron un gran auge en algunos de los países capitalistas durante la Gran Depresión.

⁵ 3 Cuadro tomado de Morgenstern (1987).

mercado produce. Reafirma los *viejos valores* contra todas las formas de permisividad e indisciplina. De forma que, por poner un ejemplo, mientras un enemigo principal del neoconservadurismo pudiera ser el sexo, no sucede así con el neoliberalismo, que tiende a su mercantilización.

Visto el carácter antitético de los principios presentados en el cuadro precedente, parecería difícil encontrar una conciliación o síntesis en la ideología de la Nueva Derecha. Pero tengamos en cuenta que una ideología no representa necesariamente un corpus coherente de pensamiento, ni su *representación intelectual* se plasma puntualmente en todos y cada uno de los *actos políticos* de quienes la sustentan. Además, en el campo de la práctica política las bases del consenso se asientan apelando a un discurso dúctil, flexible, a veces contradictorio, para que sus componentes puedan presentar un espacio de coincidencia entre sectores enfrentados. Esto es doblemente cierto en épocas donde, ante la crisis de acumulación –o su amenaza, por no suscribir los dictados del capitalismo mundializado–, lo que se trata es de cuestionar al Estado del Bienestar y sus políticas redistributivas.

Crítica al Estado de Bienestar: Individualismo y Mercado

Desde que se pusieran en marcha los programas de privatización y desregulación, y se generalizara el *fin de las políticas de pleno empleo* entre los gobiernos occidentales, hemos presenciado una progresiva reconversión del papel del Estado. El argumento apela a que el mercado debe sustituir a la política, y con ello el monetarismo al keynesianismo, y en fin, el Estado mínimo al Estado intervencionista. La propuesta es, primero, devolver al individuo el protagonismo en las decisiones económicas y sociales que le conciernen y, segundo, garantizar la eficacia de las instituciones públicas, erosionadas por el despilfarro del Estado Benefactor.

En efecto, el Estado de la post-crisis ha privilegiado su función de garantizar las condiciones de acumulación sobre su otra función básica, la de legitimación. No se trata de que la necesidad de legitimar el orden social haya desaparecido o de que juegue un papel subalterno. La tendencia perfilada ha sido que la desorganización de las clases subordinadas, en parte producto del propio modelo de acumulación que lanza al paro o al subempleo a una parte considerable de la fuerza

laboral, las descoloca como sujetos políticos capaces de exigir al Estado la satisfacción creciente de sus necesidades. En este contexto, Alonso (1992) destaca la escasez de movilizaciones a los largo de los años 80 –añadamos, y a lo largo de los años 90-, consistentes la mayoría de las veces en simples “iniciativas ciudadanas” con un carácter de “movimientos de problemas”:

“A una sociedad fragmentada y en plena desregulación, formalmente anti-keynesiana y neoliberal -privatización y precarización- le corresponde unos movimientos defensivos muy fragmentados también, donde se mezclan características cuasi-adscriptivas (juventud, vejez, sexo, raza, etc.), con planteamientos políticos generalistas que son capaces de darle un soporte universalista a los planteamientos expresados particularmente, englobándose así problemáticas concretas en frentes como el de los derechos humanos, el antiextremismo, el pacifismo, el ecologismo, etc. Muchas veces se emplean medios políticos universalistas (movilizaciones generales, huelgas, manifestaciones) para conseguir unos fines económicos y sociales concretos (pensiones, reivindicaciones estudiantiles, acciones contra agresiones al medio ambiente, etc.)”

De este modo, la legitimación se encamina por otros cauces; no es ya la democratización de las instituciones o la extensión asistencial, se trata de justificar otra racionalidad más acorde con la crisis, y más particularmente, con la “crisis del empleo”: la rentabilidad de los servicios y la validez moral de la competencia y del esfuerzo individual.

El nuevo *Robinson Crusoe* es el sujeto de la Escuela Marginalista Austríaca, corriente explícitamente reconocida como fuente de inspiración para los neoliberales. HAYEK llevará el planteo mucho más lejos. Es el mercado el que constituye “un mecanismo de ordenación”, que a través de ciertas señales induce a los hombres a adaptarse a hechos que ellos no conocen. El carácter teológico del mercado tiene como contrapartida a un individuo solo y aislado, que no puede recibir ayuda de otros individuos ni del Estado, porque ello constituiría una interferencia. Nada parecido a una justicia redistributiva puede aplicarse; ésta no tiene cabida dentro del proceso impersonal y abstracto en base al cual el mercado asigna bienes y servicios, premia o castiga. La redistribución de ingresos, en última instancia, sería antinatural, coercitiva y conduciría al socialismo.

Dentro de esta línea de razonamiento, la crítica al Estado de Bienestar apuntó a los excesos de la democracia, en el sentido de favorecer la *igualdad de condición* en vez de la *igualdad de oportunidades*.⁶ El mercado nunca puede producir la primera mientras que, por el contrario, se presupone que ofrece naturalmente la segunda.

En última instancia, aunque todos pueden participar en la carrera de la vida, la competencia conlleva la necesidad de la existencia de ganadores y perdedores.

En el terreno de la práctica política, en la medida en que se muestra un escaso interés por llevar a efecto actuaciones de discriminación positiva que tiendan a mitigar las carencias sociales o físicas, el problema se redefine en términos del individuo abstracto, no de la identidad individual dentro de una clase, grupo étnico o género. Se construye así un sencillo argumento que conduce, por ejemplo, al Nobel de Economía Milton Friedman a solicitar que “en el actual debate sobre la privatización de la Seguridad Social se preste más atención a los *principios fundamentales* (su supresión) en lugar de insistir en sus aspectos prácticos” (El Mundo, Febrero 1999), pues según postula este influyente economista, la responsabilidad de ahorrar para la vejez o una asistencia sanitaria es un asunto individual que no le compete al Estado, sino más bien hay que dejar que sea el ciudadano quien decida si quiere garantizarse un futuro tranquilo a través de una aseguradora privada o gastarse en el día a día la totalidad de su salario y vivir luego escarbando las basuras. Y no obstante, la Nueva Derecha ha venido tomando debida cuenta de que en esa operación de aislamiento reside una de las claves del apoyo electoral por parte de los sectores menos vulnerables al desmantelamiento de la asistencialidad. En otras palabras, para contrarrestar una política de desintegración social, se exalta o culpa al individuo aislado.

⁶ 4 Aunque como prueba Torres (1995) resulta sorprendente que se mantuviese que a lo largo de los años de Estado de Bienestar las sociedades occidentales alcanzan niveles de igualdad muy elevados (y menos que fuese un factor desestabilizador del crecimiento). En las economías occidentales de finales de los 70 el 30% de las familias más ricas tenían prácticamente el 50% de la renta, mientras que el 30% más pobre disfrutaba tan sólo entre el 10 y el 15%. A finales de los 80, en pleno desarrollo de las políticas neo-liberales/ conservadoras, las estadísticas indicaban que el 1% de la población más rica poseía el 32% de la riqueza en Inglaterra, el 28% en Bélgica y Alemania, el 25% en Dinamarca y EE.UU., el 20% en Canadá, el 19% en Francia y el 16% en Suecia.

Pero en realidad, en el capitalismo tardío, la *ideología del individualismo* ha llegado a ser autocontradictoria, sobrepasando su utilidad como fuente de integración económica y social. La individualidad burguesa clásica, basada en la propiedad, es hoy inconcebible, dado el desarrollo y concentración del gran capital y la masificación del trabajo asalariado. Según OCONNOR,

“ El individuo moderno es muy diferente, está segmentado en cuatro roles claves: a) como propietarios de su fuerza de trabajo; b) como poseedores de un empleo; c) como portador de determinadas necesidades; y d) como elector o votante con unos derechos definidos muy abstractamente. Cada uno de esos roles se subdivide a su vez en pequeñas abstracciones que generan necesidades que justifican la existencia, pero que al mismo tiempo se convierten en demandas sociales difíciles de satisfacer.”

Así, en una sociedad de consumo, con una cultura del narcisismo, las ideologías del individualismo llegan a resultar muy caras y difíciles de solventar, porque los diferentes componentes ideológicos de los roles entran en conflicto entre sí, constituyendo un obstáculo para la continua acumulación del capital. La gran paradoja del capitalismo es que no puede mantener las aspiraciones de sus “individuos”, y al mismo tiempo no puede destronar a las ideologías individualistas sin minar la legitimidad del orden social.

La tesis de O’connor apunta a mostrar que las ideologías del individualismo no constituyen un mero instrumento en manos del capital. Por el contrario, destaca el hecho de que cada ideología ha creado un espacio de contestación entre el capital y el trabajo que hace muy costosa la reproducción de la fuerza de trabajo. Si a ello se unen las presiones ejercidas por grupos ecologistas, feministas, antirracistas... se comprende que el programa neo-conservador se esfuerce por desarrollar una intervención política encaminada a revitalizar y mantener las condiciones más favorables para la acumulación de beneficios, no ya en un sentido económico restringido, sino también reorganizando instituciones fundamentales como la familia y la escuela. Pero en este aspecto los principios encontrados del neoconservadurismo y el neoliberalismo también requieren de un campo de confluencia: la necesidad inapelable de restaurar la disciplina social.

La apelación al pasado, junto con la incentivación del orgullo nacional, tiene un doble objetivo. Por una parte, se busca contrarrestar la reducción de las aspiraciones individuales, cuya plena satisfacción constituye un obstáculo a la acumulación, a los efectos de conformar una identidad cuyo destino tiene que percibirse indisolublemente unido al viejo o al nuevo imperio. Por otra parte, se ve la enseñanza de la Historia como formación en los principios políticos de orden y tradición.

Dentro de las tradiciones a rescatar, la autoridad de la familia ocupa un lugar destacado. El control social por la familia, será funcional al sistema para prevenir de los conflictos sociales e individuales que aquejan a la sociedad. En la medida en que la familia surge de “una necesidad natural”, el vínculo no es voluntario, sino que deriva de la dependencia del niño. Por esta razón, la estructura jerárquica también se da como naturalmente establecida, y junto con ella la asignación biológica de los roles de género: las mujeres confinadas a la maternidad y los hombres, jefes de familia, sostenedores del hogar. En síntesis, el carácter jerárquico y patriarcal lo impone la naturaleza, y como todas las cuestiones que van contra la naturaleza resultan en perversiones (sexuales o sociales), la estructura básica de la familia nuclear debe ser preservada.

También en temas como el de la familia sería necesario matizar las posiciones de los neoliberales, quienes en principio deberían rescatar los derechos a la privacidad y libertad individual, frente a las campañas contra el aborto, la libertad sexual, la pornografía, etc. Pero nuevamente, el tema es mucho más complejo, y de hecho suelen abstenerse de intervenir porque el núcleo de la “defensa de la familia” reside en el carácter disciplinario que le asigna la Nueva Derecha, como instancia primaria de la socialización en la obediencia. Y, como es fácil deducir, este carácter disciplinario es altamente funcional en la conformación de la personalidad del futuro productor.

De este modo el Estado minimiza su control directo delegando en la familia individual parte de la preparación de las condiciones para la reproducción de la fuerza de trabajo. Es en este contexto, como se entiende mejor el proceso de privatización de la educación, situación

que refleja la tendencia general a la privatización de los medios de coerción en el capitalismo corporativo.⁷

Por lo demás, no hay que olvidar que precisamente las “estrategias familiares” desarrolladas ante los cada vez más elevados niveles de paro y precariedad en el empleo han resultado ser un excelente colchón frente a sus más graves consecuencias. Paro y precariedad, que dicho sea de paso, también se ven “naturalizados” bajo el discurso neoliberal.

El poder de la ideología neoliberal-conservadora

El poder de este discurso reside en su habilidad de concordar con la experiencia de la gente, proporcionando una confirmación de la misma. La Nueva Derecha se apropia de necesidades y aspiraciones profundamente sentidas, ofrece ideales que trascienden a la guerra de todos contra todos en el mercado, y da significado a frustraciones generalizadas y muy reales. Poco importa si el discurso es internamente contradictorio y está compuesto de una serie de separaciones incompatibles. Puesto que la vida *es* una vida de contradicciones y separaciones. La experiencia de la gente bajo el capitalismo está dividida. La realidad de la frustración, dependencia e impotencia en el trabajo está compensada por la sensación de poder y autonomía en el ámbito del consumo, por una “libre elección sobre el ocio y sobre cómo consumir”. La gente sabe lo que quiere.

Los impuestos *son* una limitación de la libertad personal en la esfera del consumo y parece que proporcionan la base de una expansión sin fin del gasto estatal. A nivel de la realidad visible, el gasto del Estado no parece hacer mucho más que alentar el mantenimiento de una burocracia creciente interesada en sí misma -los “peces gordos” de la administración civil-. El Estado se identifica con la ineficacia, con la regulación burocrática, con la corrupción. La experiencia cotidiana confirma la lejanía del Estado, su aparente inaccesibilidad al control popular democrático, que ha marcado el desplazamiento del poder

⁷ Según señala ÓConnor, en los EE.UU. la desregulación también se convirtió en el código *paradespolitizar* la sociedad, pues los cuerpos reguladores vinculados a los servicios sociales, fueron el resultado de luchas populares, a la vez que ofrecían un espacio para el desarrollo de los movimientos sociales

hacia el ejecutivo. La atomización y la impotencia que caracterizan las vidas de los individuos y que la vida diaria confirma, están desarticuladas de su fuente en las relaciones de producción capitalista y reconstituidas como un antagonismo entre el individuo y el Estado. Ello requiere una restricción de este último, lo que se justifica como algo económicamente necesario y moralmente deseable. La revuelta fiscal tiene así un fundamento real.

Además, el declive económico –no sólo nacional, sino también personal- es visto, en cierto modo, como casualmente relacionado con el retroceso de los valores tradicionales asumidos por la familia burguesa y apoyados por la misma. La decadencia de la familia puede estar ideológicamente relacionada con la provisión de bienestar por parte del Estado, con los cambios de los papeles tradicionales de los sexos, con el incremento de la incorporación de mujeres al mercado de trabajo, y con la tendencia a la permisividad sexual que se traduce en abortos, promiscuidad, homosexualidad y divorcio. Tal visión, y la reafirmación de los valores tradicionales, tiene sentido para los que consideran la familia como una defensa contra el egoísmo desnudo y la inseguridad personal.

Finalmente, la reaparición e intensificación del mito secular del nacionalismo tiene lógica para aquellos cuya vida cotidiana hace continuamente creíble la tesis de que cada uno se las arregla por su cuenta: de aquí la llamada al discurso nacionalista, de que debemos hacer sacrificios, aunar esfuerzos por el bien nacional, comprar productos nacionales... Al mismo tiempo, proporciona la base para atacar el poder de los sindicatos, que “siempre están en huelga” y que socavan el interés nacional...

Ahora bien, cualesquiera que sean las clases y fracciones de clase cuyos intereses reales son alentados por el aumento del auge de los programas conservadores/neoliberales, la cuestión es que su atractivo electoral para las masas y la base social de su apoyo reside en los fundamentos reales de la vida cotidiana bajo el capitalismo. No se impone “desde arriba”, como podría implicar una teoría de la conspiración, sino que resuena con ansias desde abajo, desde las contradicciones de la experiencia de la gente inherente al tejido social del capitalismo. Además, ha conseguido incluso apartar a sectores importantes de la clase obrera y de la pequeña burguesía de su lealtad tradicional al re-

formismo socialdemócrata. De esta forma, la vida política se reorganiza bajo su bandera.

Con todo, sería erróneo pensar que se implantó a raíz de las primeras victorias electorales de las administraciones conservadoras. En cada país y a nivel mundial, la transición fue mucho más lenta, y en el proceso diversos grupos intelectuales, especialmente de Inglaterra y EE.UU., prepararon las condiciones para generar un proyecto cultural alternativo.⁸

Otro error consistiría en pensar que este movimiento ideológico se implantó o se mantiene sin conflictos. Ninguna ideología, ni siquiera la hegemónica, cubre todo el espectro social, y tampoco deben ser ignoradas las resistencias y negociaciones que en una sociedad democrática supone la puesta en marcha de las políticas efectivas.

No en vano, aunque no ha sido posible especificar en detalle los argumentos sobre cómo y por qué el capitalismo es un sistema basado en la dominación de clases e incapaz de cumplir sus promesas -ni a nivel nacional ni, por supuesto, a la macro-escala del globalizado capitalismo-, la evidencia de su fracaso es manifiesto para todos los que quieran verlo. A pesar de que insistan en la validez de sus principios económicos, en la conveniencia de extenderlos y en la imperiosa necesidad (en plazos de Maastricht) de convertirlos en criterios rectores de la vida política y social, creando en todo el mundo macro-mercados de alcance continental...s

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Alonso, Luis Enrique (1992): "Postfordismo, Fragmentación Social y Crisis de los Nuevos Movimientos Sociales". *Sociología del Trabajo*, nº 16. Madrid.-(1994): *Historia del Consumo en España*.

⁸ Stuar Hall sostiene que "antes de la crisis orgánica que presentaba la sociedad británica, la Nueva Derecha se erigió como fracción hegemónica en el seno del nuevo bloque histórico, en un esfuerzo que no fue meramente defensivo, sino formativo de nuevas filosofías y discursos, de nuevas configuraciones sociales y políticas, que apuntaban a desarticular las viejas formaciones ideológicas".

- Goodwin, Barbara (1988): *El Uso de las Ideas Políticas*. Edic. Península. Barcelona.
- Gough, I. (1982): *Economía Política del Estado de Bienestar*. Madrid.
- Morgenstern, Sara (1987): “Crisis de Acumulación y Respuesta Educativa de la Nueva Derecha”. *Revista de Educación*, nº283. Madrid.
- OConnor, J. (1981): *La Crisis Fiscal del Estado*. Península. Barcelona.
- Ortí, Alfonso (1994): “La Estrategia de la Oferta en la Sociedad Neocapitalista de Consumo: Génesis y Praxis de la Investigación Motivacional de la Demanda”. *Política y Sociedad*, nº 16. Madrid.
- Riera, Miguel (1999) . "Un Nobel catalán". *El Viejo Topo*, nº 126, Febr.
- Sharp, Rachel (1984): *Conocimiento, Ideología y Política Educativa*. Akal. Madrid.
- Torres López, Juan (1984): *Desigualdad y Crisis Económica. El Reparto de la Tarta*. Editorial Sistema. Madrid.

- BUNGE, M.(1985): “Seudociencia e Ideología”. Alianza Universidad. Madrid.
- DE PABLO, A.(1988): “Élites y Clases Dominantes”, en Salustiano del Campo (Ed.): “Tratado de Sociología 1”. Taurus. Madrid.
- GEERTZ, C. (1989): “La Interpretación de las Culturas”. Gedisa Edit. Barcelona.
- GRAMSCI, A.(1981-1985): “Cuadernos de la Cárcel”. Editorial Era. México.
- GOODWIN, B.(1988): “El Uso de las Ideas Políticas”. Edic. Península. Barcelona.
- LEVI-STRAUSS, C. (1979): “Estructuralismo y Teoría Sociológica”. FCE. México..
- MARX, K.(1984): “Resumen del Materialismo Histórico”, en Etzioni: “Los Cambios Sociales”. FCE. México.
- MARX, K. Y ENGELS, F. (1988): “La Ideología Alemana”. Adgena. Barcelona.
- MARX, K. (1986): “El Capital. Crítica de la Economía Política (Tomo I)”. FCE. México.
- MORGENSTERN, S. (1991): “Antonio Gramsci: Hegemonía y Educación”, en Gómez de C., F. y
 Otros: “Socialismo y Sistemas Educativos”. UNED. Madrid.
- ORTÍ, A. (1994): “La conformación de modelos y niveles epistemológicos en la génesis e historia de la investigación social”, en Delgado, M. y Gutierrez, J. (Co-

ord.): “Métodos y Técnicas Cualitativas de Investigación en Ciencias Sociales”. Ed. Síntesis. Madrid.

· POULANTZAS, N.(1973): “Poder Político y Clases Sociales en el Estado Capitalista”. Siglo XXI. México.

· RICOEUR, P. (1989): “Ideología y Utopía”. Gedisa Editorial. Barcelona.

· SACRISTÁN, M. (Comp.) (1971): “Antonio Gramsci. Antología”. Editorial Siglo XXI. México.

SAPERAS, E.(1992): “La Sociología de la Comunicación de Masas en los EE.UU. Una Introducción Crítica”. Promociones y Publicaciones Universitarias. Barcelona.

· SHARP, R. (1984): “Conocimiento, Ideología y Política Educativa”. Akal. Madrid.

· SHUTZ, A. (1974): “El Problema de la Realidad Social”. Ed. Amorrortu. Buenos Aires.

· THERBORN, G. (1987): “La Ideología del Poder y el Poder de la Ideología”. Siglo XXI. Madrid.

· WILLIAMS, R. (1980): “Problems in Materialism and Culture”. Verso Ed. Londres.